

Domingo XXXIII durante el año - Lc. 21, 5-19

Se acerca el final del año litúrgico y pronto daremos inicio al Adviento. En estas semanas las lecturas se cargan de un tono apocalíptico, donde abundan las descripciones de catástrofes de todo tipo, de guerras y dificultades, de confusión. Sin pretender identificar esos signos y anuncios en nuestra historia hoy, y sacar conclusiones lineales, creo que sí podemos a la luz del Evangelio identificar *pistas, señales*, para no perdernos en medio de este cambio de época que tantas veces abrumba con su velocidad y su violencia.

Quizá una primera pista es **identificar lo esencial** de lo que son adornos superfluos que no tienen futuro. Para Jesús lo esencial somos las personas. Con ellas cultivó la proximidad, la mirada que ve y saca en el otro lo mejor, la compasión que pone de pie porque es capaz de suscitar vida aún en lo que tiene que cambiar. Hoy también estamos invitados a favorecer una cultura del encuentro, de la reciprocidad que genera confianza, con gestos que cuidan, que respetan, que escuchan y que mutuamente dan y reciben. Cuántas veces perdemos de vista al otro, a la otra, detrás del propio bienestar, de intereses, de querer tener la razón, de imponer nuestro modo de ver, de pensar, de creer.

Otra pista, para no dejarnos engañar, es **buscar a Jesús donde sabemos que lo encontramos: en los más pobres**, en aquellos que luchan la vida en tantas periferias existenciales: los que tienen hambre y sed, los que están enfermos y presos, los que no encuentran oportunidades ni sentido, los que están más solos, los que no encuentran lugar en la mesa de la amistad y de los vínculos que nutren. Ayudarnos, como diría Francisco, a *samaritanear* la vida, para que nadie quede tirado al borde del camino.

Otra pista que nos puede ayudar a no perder el rumbo es **entretejer un nosotros con capacidad para ensancharse y acoger a todos**, desde la riqueza de colores y texturas que cada vida tiene, con su historia y su experiencia únicas. Y de este modo no dejar que el miedo nos paralice, y nos encierre en el “sálvese quien pueda”. Si vamos juntos, nuestras pequeñas luces encendidas en la oscuridad, nos permiten reconocernos, acortar distancias, saber que es posible contar unos con otros.



Podemos preguntarnos qué otras pistas a lo largo de este año, animaron en nosotros la esperanza de que vale la pena luchar por un mundo más humano, más inclusivo y fraterno, aunque no veamos los resultados, para perseverar en ellas al modo de Jesús, sabiendo que desde dentro de todo lo que vivimos, su vida abundante siempre quiere abrirse camino.

Carina Furlotti